



Grupo Malaria: dedicados a los territorios y a la salud

Carmenza Uribe Bedoya

Química. Directora de la revista *Experimenta*. Profesora jubilada de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Antioquia.



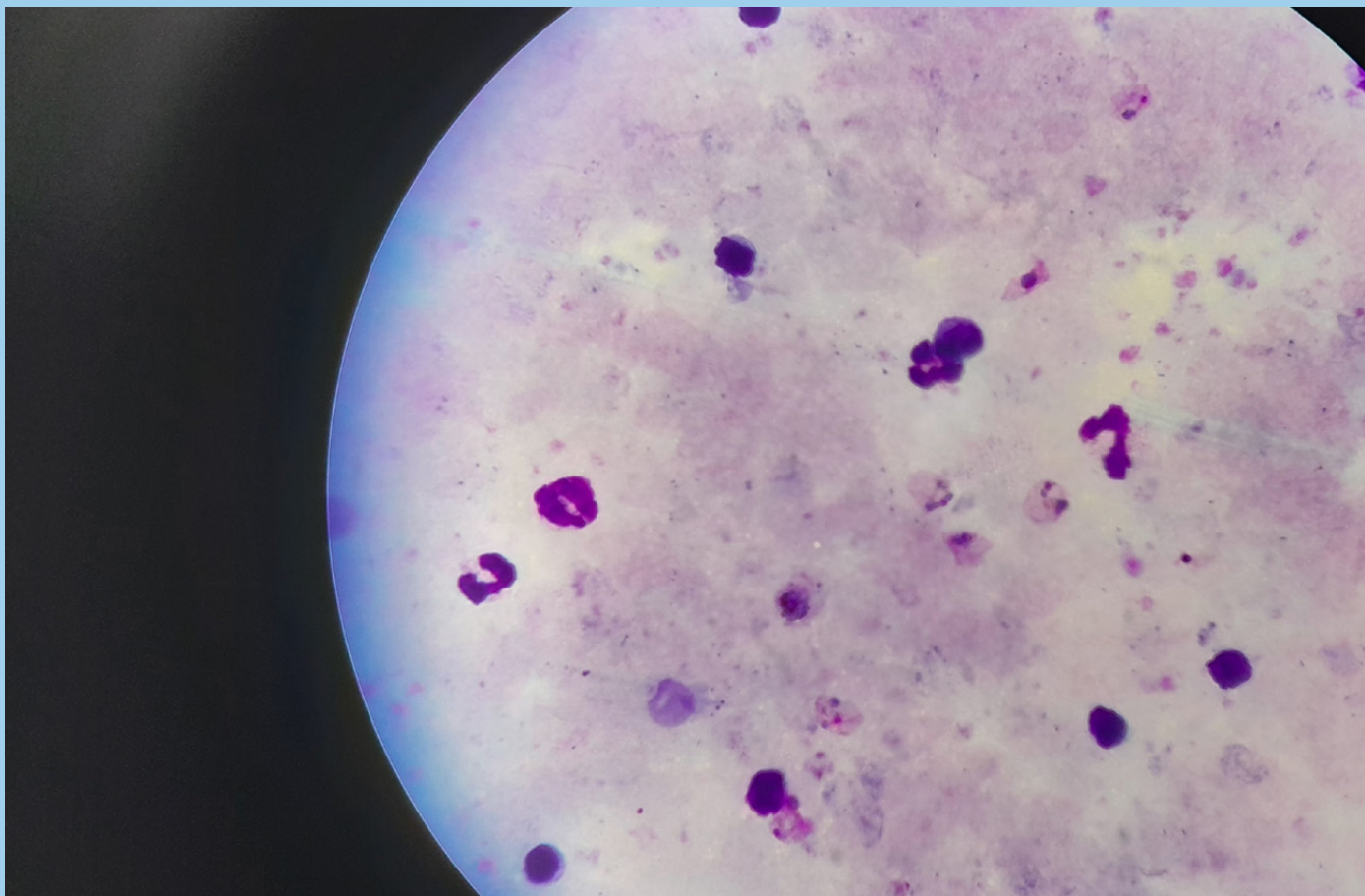
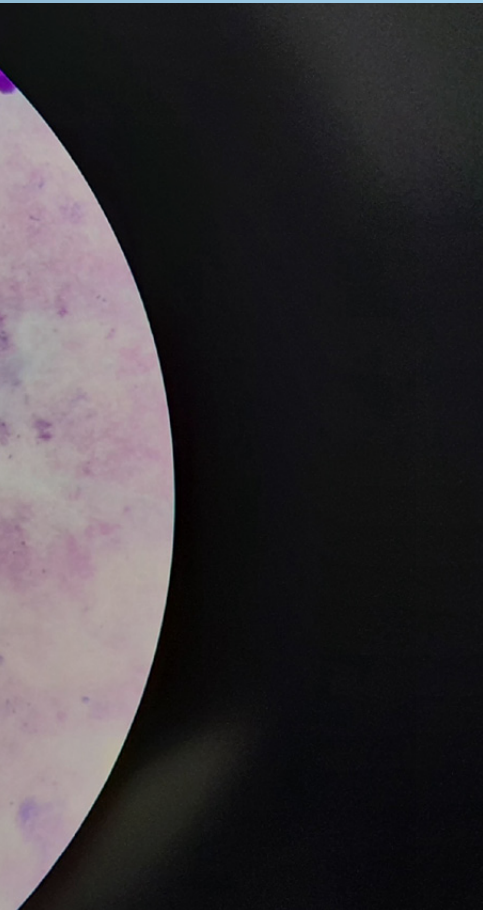


Imagen en microscopio de *Plasmodium vivax*, parásito causante de la malaria.
Foto: cortesía del Grupo Malaria.

U

na nueva medicina. Así define la profesora Silvia Blair lo que le aprendió al doctor Héctor Abad Gómez en su primer encuentro, ella como estudiante de medicina, él como su profesor. «Llegó a clase vestido de traje y corbata, nos preguntó por nuestros intereses, como si nuestra llegada lo entusiasmara. Esa fue mi primera sorpresa: ¡ser bien recibidos!, con un saludo y una carcajada transparente. Nos preguntó a cada uno el nombre y cómo nos sentíamos como estudiantes. Nos habló de la enfermedad como un proceso que se gestaba de forma relacional entre aspectos sociales, económicos, culturales y biológicos. Nos dijo también que esas enfermedades de la pobreza se podían



prevenir mejorando la calidad de la leche y la alimentación, adecuando las casas donde las personas vivían, haciendo acueductos y alcantarillados y evitando la contaminación de las aguas».

Ideas nuevas como «*La epidemiología ha curado más enfermedades que la terapéutica*» o una visita al antiguo basurero de Moravia, donde el doctor Abad les enseñó a hacerse preguntas pertinentes cuyas respuestas muestran que las enfermedades no son solo fisiológicas sino un conjunto de hechos culturales, sociales, epidemiológicos; deslumbraron a la profesora Silvia y le mostraron que había otra forma de vivir la carrera que estaba estudiando, se convirtieron en su impronta personal, y le dieron elementos para desempeñarse profesionalmente con una mirada diferente del ejercicio de la medicina, y en particular de las enfermedades. Y esta, podría decirse, fue la génesis del Grupo Malaria.

La creación de un grupo de investigación tiene, por lo menos, dos momentos fundamentales: uno, la elaboración mental de una idea o de un proyecto de saber que luego se convertirá en el proyecto de vida de un científico, quien convencerá a otros de acompañarlo; y un segundo momento, cuando el grupo es una realidad, bien sea porque se inscribió administrativamente en un sistema de investigación, o bien porque se ubicó físicamente en algún laboratorio de experimentación o presentó un primer proyecto de investigación. Entre los dos momentos puede transcurrir poco tiempo, algunos meses, o mucho tiempo, años o décadas.

El inicio del Grupo Malaria vendría mucho después, cuando se puso en marcha un proyecto de saber incipiente, una idea simple pero retadora: la malaria, idea que aún es el centro de interés de un conjunto grande de personas, las que fueron, las que son y las que van llegando hoy al grupo, más de tres décadas después. Pero entre la inspiración y los hechos que hoy le dan forma al Grupo de Investigación Malaria, hay una larga historia.

Malaria: la inspiración y el surgimiento del proyecto de saber

El primer contacto con el tema lo tuvo Silvia Blair cuando fue profesora del curso Malaria, de la sección de parasitología de la Facultad de Medicina a principios de los 80. «Yo empecé a dictar el curso de malaria sin ninguna experiencia en el tema, ni en lo docente. Simplemente dictaba las clases, me estresaba mucho, estudiaba mucho y pensé que no podía pasarme la vida repitiendo y repitiendo lo que había en los textos. Yo tenía información, pero no conocimiento».

Curiosamente los estudiantes compartían su desazón porque pensaban que el curso se iba en aprender a diagnosticar y a tratar, pero sin hacerse preguntas ni profundizar en la verdadera naturaleza de la enfermedad. Con base en las inquietudes compartidas se inició una serie de encuentros, enriquecedora costumbre que aún hoy conservan los

grupos de investigación: reuniones en las que se elaboran preguntas, se realizan discusiones, se lee literatura científica y se intercambian apreciaciones sobre temáticas puntuales relacionadas con el gran tema de interés. Y todo esto concluye, la mayoría de las veces, en el diseño de proyectos de investigación.

Dos proyectos iniciales marcaron la unión de un grupo de personas; todavía no se llamaban grupo de investigación, sino que eran profesionales entusiastas e inquietos por la enfermedad. La Organización Mundial de la Salud – OMS – le aprobó al doctor Saúl Franco un proyecto a largo plazo, con buenos recursos financieros, denominado «Malaria y vivienda». Su pregunta de investigación: ¿cómo se comporta la malaria en distintos modelos de casas en Urbabá?, entendiendo por casas, su forma de vida. Un proyecto que dio luces en el camino de abordar el problema. Más adelante se llevó a cabo el proyecto «Malaria congénita» junto con una patóloga, un clínico y un pediatra. Paralelo a estas actividades se desarrollaba la pregunta por las plantas, puesto que diferentes comunidades de diversas latitudes del país empleaban plantas para el tratamiento de la enfermedad, y el grupo se empezó a hacer preguntas sobre si estas costumbres ancestrales tenían un sustento científico.



Fotografía: Dirección de Comunicaciones.

En medio de esta discusión llegó el año 1987 plagado de violencia y amenazas, año en el que fue asesinado el doctor Héctor Abad. Varios profesores, entre ellos la profesora Silvia Blair, debieron abandonar la ciudad. Silvia estuvo durante un año en Bogotá en el laboratorio del doctor Moisés Wasserman, con quien compartía el interés por la malaria. «Allí aprendí a hacer experimentos de laboratorio, aprendí de cultivos y también aprendí a pensar. Escribí un proyecto sobre búsqueda de plantas antimaláricas y lo presentamos a CVC Holanda, junto con un estudiante del Instituto Nacional de Salud. Regresé a Medellín en 1988 y elaboramos el primer paquete de proyectos sobre búsqueda de plantas antimaláricas en Tumaco, al cual se unieron químicos, botánicos y mi-



crobiólogos». Este proyecto se desarrolló entre 1989 y 1990, y concluyó con un libro que contiene la síntesis bibliográfica sobre publicaciones relacionadas con la malaria, las plantas y el saber de los curanderos. Puede decirse que esta publicación marcó el inicio del Grupo Malaria en una Universidad que todavía no tenía sistema de investigación y en la que las dificultades administrativas marcaban la marcha de los laboratorios de investigación que iban surgiendo en las dependencias universitarias.

Líneas que se cruzan para construir saber

Un aspecto clave en la conformación y permanencia en el tiempo de un grupo de investigación, es tener claro su proyecto de saber, en este caso la malaria. Pero el proyecto de saber se desglosa en líneas de investigación que le van dando forma a las ópticas que sobre el problema principal tienen los investigadores, y que se van convirtiendo en intereses particulares para cada integrante, de acuerdo con su disciplina de formación. Puede decirse que el Grupo Malaria, más que interdisciplinario, es sobre todo transdisciplinario, puesto que no solo personal del área de la salud se ha integrado a sus proyectos —médicos, microbiólogos, nutricionistas—, sino también investigadores de las ciencias básicas —químicos, biólogos, botánicos— y de las ciencias humanas — antropólogos —.

Históricamente las primeras líneas de investigación se relacionaron con el entorno de la malaria y plantas antimaláricas. Dice la profesora Silvia: «No teníamos conocimiento sobre plantas, nos acercamos a las cosmovisiones de las comunidades a través de un componente antropológico. Por un lado, seguimos investigando plantas, pero no solo acerca de los conocimientos de las comunidades, sino estudiando su química, su genotoxicidad, su respuesta in vitro y profundizando. Del estudio de las plantas surgieron sublíneas: genotoxicidad, antropología -saber tradicional- parasitología y cultivos in vitro. Se abrieron también las líneas clínicas: patología, inmunología, malaria congénita, malaria en el embarazo, línea clínico-básica y de respuesta a los medicamentos. El Servicio Seccional de Salud planteó que los parásitos no estaban respondiendo a los medicamentos, entonces empezamos a evaluar medicamentos, hicimos estudios de susceptibilidad-resistencia, de cultivos in vitro y a aportar conocimientos a la OPS, entidad financiadora, al Ministerio de Salud y a la Dirección Seccional de Salud».

La dinámica de aparición de las líneas o de refinamiento en las preguntas sobre las mismas, la describe Adriana Lucía Pabón, investigadora del Grupo Malaria: «Cuando se inició la línea de plantas antimaláricas, estudiantes de química hacían su trabajo de grado con nosotros y cuando íbamos a congresos surgían las preguntas: ¿cuál es la toxicidad y genotoxicidad de esas moléculas?, ¿cuál es el metabolito activo?, ¿qué otros efectos se pueden esperar? Esto permitió que se nos abriera el panorama, se plantearan nuevas preguntas y, por lo tanto, nuevos proyectos». Lo que estaba surgiendo era una red o un sistema de intereses

alrededor del tema central malaria y prácticamente cada resultado obtenido originaba aún más preguntas.

Nuestro saber cabe en una mano

La profesora Silvia expresa los grandes vacíos que persisten en el abordaje de la enfermedad. Hay miles de publicaciones, grandes desarrollos de la biología molecular y la genética y, a pesar de esto, no sabemos muchas cosas. Por ejemplo, por qué unas personas mueren y otras no. Por qué a unas personas les da malaria cerebral y a otras no. Por qué hay gente que camina tranquila por la calle con cien mil parásitos y aún con pruebas positivas y no se enferma, pero otras personas con mil parásitos se mueren. Por qué unas personas hacen resistencia y otras no. Por eso concluye: nuestro saber cabe en una mano.

Adriana y Alberto nos recuerdan que el ser humano convive desde hace miles, posiblemente millones de años, con el parásito, y por lo tanto el objetivo no debería ser eliminarlo sino aprender a convivir con él. Revisando la lista de países que han erradicado la malaria o que nunca la han tenido, se observa el gran valor que significa tener condiciones de vida limpias, con servicios públicos y condiciones de higiene garantizadas.

Los objetivos de la OMS han variado con los años, y aunque anteriormente se tenía como objetivo eliminar el parásito, estos objetivos han virado hacia algo más realizable, el control. Existe una estrategia mundial para el control de la malaria, denominada «técnica mundial 2016-2030»; lo que busca es que, frente a la presencia de la enfermedad, las personas dispongan de sistemas sanitarios que los atiendan oportunamente. Con seguridad alimentaria, atención oportuna, entornos limpios o reducción de la exposición a los mosquitos, los objetivos mundiales se deberán empezar a cumplir.

Líder: amalgama de científico y gestor

Durante tres décadas la profesora Blair fue la cara visible del grupo frente a la Universidad, a la sociedad, a las comunidades y a las entidades externas. Su formación en malaria, como enfermedad y como realidad social, le permitió ser el modelo para otros profesionales que se unieron a ella como coinvestigadores, y para el gran número de estudiantes de pre y posgrado que han pasado por el grupo. La profesora Silvia ha sido para el Grupo Malaria una muestra de lo que es un científico de tiempo completo: alguien para quien su proyecto de saber se ha convertido en su proyecto de vida, gracias a la disposición para hacerse preguntas, plantear hipótesis, pulirlas, sistematizar sus hallazgos y claro, dejar huella y crear escuela. Aunque se retiró administrativamente de la Universidad, sigue acompañando actividades grupales y asesorando a profesores y estudiantes.



Fotografía: Dirección de Comunicaciones.



El profesor Alberto Tobón asumió la dirección del grupo desde 2014 frente al retiro de la profesora Silvia, y continúa con la responsabilidad de mantener el grupo vigente y productivo. Alberto reconoce las grandes dificultades que significan las regulaciones y exigencias administrativas tanto de la Universidad, como de los financiadores. En los años 90, al inicio de las actividades del grupo, hubo una época en la que predominaba la discusión sobre el problema, la elaboración de preguntas, la emoción por incluir cada vez más estudiantes quienes aportaban su propia visión académica aprendida en sus programas universitarios, y, en definitiva, eran épocas de una investigación cotidiana, en las que el líder desplegaba no solo sus conocimientos sino sus estrategias para mantener vivo el grupo. Alberto advierte que hoy los profesores están inmersos en un mar de reuniones y obligaciones no siempre cercanas al interés científico, lo cual afecta la continuidad del trabajo de laboratorio y el acompañamiento a los estudiantes.

Espacios y valores colectivos

Todo grupo de investigación tiene sus propias rutinas, no solo las académicas, técnicas o científicas, sino las rutinas de convivencia. Sin unos mínimos acordados entre todos no sería posible avanzar en lo científico. El profesor Alberto Tobón, actual líder del grupo nos cuenta: «En el seno del grupo hay acuerdos básicos, cada uno tiene sus tareas. Hay confianza entre nosotros y el laboratorio es un espacio colectivo con bienes comunes que todos cuidamos, se comparte y se respeta a los demás. No nos da pena preguntar lo que no sabemos a los que sí saben, y por eso hay interdisciplinariedad. Acogemos con gusto estudiantes de pregrado y posgrado y atendemos incluso sus propias sugerencias sobre nuevos proyectos. Creo que los grandes valores del grupo son el respeto, la confianza y la solidaridad».

Hay, sin embargo, una problemática que expresan los integrantes del grupo, la cual es compartida con otros grupos de la Universidad, y es la dificultad de retener en el grupo a quienes se han formado allí. Esto impide la expresión más básica de cualquier grupo de investigación, o sea la

formación de escuela. Se forman personas que deben abandonar el grupo por la imposibilidad de que la Universidad los vincule. Es algo bastante frecuente en los grupos de investigación, no solo de nuestro país sino de los países de esta parte del mundo donde la ciencia no es prioridad, y los recursos para su desarrollo siguen siendo escasos.

Los interlocutores, la razón de ser final del grupo

Todo este trabajo no tendría sentido para los integrantes del Grupo Malaria, si no fuera porque ahí afuera hay enfermos, niños que mueren diariamente y comunidades enteras azotadas por la enfermedad. El Grupo Malaria se ha caracterizado por un acercamiento constante a las comunidades más necesitadas que sufren este flagelo, y lo hacen con respeto por sus creencias y costumbres.

Gabriel Jaime Vélez, investigador del grupo y quien atiende a pacientes en el consultorio del grupo, ubicado en la Sede de Investigación Universitaria, nos cuenta: «Tenemos una ventaja, nos conocen en muchas partes. Nos preguntan por médicos que ya no via-



Fotografía: Dirección de Comunicaciones.

jan con nosotros. Nuestra labor inicia comunicándonos con los líderes de la comunidad. Nos cuentan sobre lo que creen, lo que piensan, lo que saben. No llegamos con una mirada paternalista, sino que los involucramos en el proceso».

El grupo ha comprendido que su trabajo solo tiene sentido con la participación de las comunidades, por eso procuran siempre conocer sus características, la forma como entienden la enfermedad y establecer buenas relaciones con las autoridades locales.

Nos dice Alberto que hay valores que se aprenden en la casa y otros que se aprenden de los maestros. Malaria es un grupo que ofrece atención gratuita a todos los pacientes que se acercan a buscar ayuda para



diagnóstico y tratamiento de la enfermedad. «Ni más faltaba que siendo la malaria un problema de las comunidades más vulnerables les cobráramos por los servicios», concluye Alberto.

Consideran que a las comunidades hay que entregarles el conocimiento. Como la tradición es que el saber del médico es intocable, la pregunta ha sido cómo entregar los saberes al lego. Para resolver esto, los integrantes del grupo han desarrollado un diálogo de saberes en el que los miembros de la comunidad tienen una voz activa compartiendo sus experiencias y contando lo que saben. Se trata de que sientan que la ciencia es útil para ellos. Esto no es otra cosa que apropiación social del conocimiento.

Una experiencia positiva para el grupo fue la intervención que hicieron en Tutunendo, Chocó, una comunidad afro. Allí trabajaron con la comunidad en prevención de la malaria, y con las mujeres de este corregimiento desarrollaron diferentes actividades que las convirtieron en alfabetizadoras de esta enfermedad. Con ellas diseñaron catálogos para enseñar la prevención de la malaria, señales educativas para ubicar en lugares visibles en todo su territorio y una serie de videos sobre la prevención de la malaria. Las mujeres que participaron se graduaron en un diplomado en Prevención de la Malaria.

Los retos como grupo son: seguir atrayendo a los jóvenes hacia la investigación sobre las enfermedades infecciosas; mantener el estudio de la malaria como tema vigente y necesario para mejorar las condiciones de vida de las comunidades. Llevar conocimiento a las comunidades y que ellas contribuyan a los cambios necesarios.

Sus grandes satisfacciones están en ver que las personas que han pasado por el grupo, en su mayoría, siguen enamoradas de la ciencia, y se desempeñan en educación o como formadores de científicos o como científicos en alguna parte del mundo. Profesionales de una gran calidad académica y humana, con el aprendizaje de lo ético. Quienes pasaron por el grupo son bien recordados en las comunidades, y es común que quien pasó por Malaria, reconozca que los mejores años de su academia fueron los que pasaron con el grupo. Momentos maravillosos de formación que les permiten seguir contribuyendo a la solución de problemas. Uno de los muchos legados de Héctor Abad Gómez, y la impronta de la profesora Silvia Blair representada en una gran empresa del conocimiento, ejemplo para las nuevas generaciones. X